

H. P. BLAVATSKY Y SU MISION

Franz HARTMANN

(Traducido por M. Pérez Alcorta.)

**Revista Teosófica SOPHIA
Setiembre 1909**

H. P. Blavatsky ha muerto, pero la gran alma que estuvo encarnada en su forma, vive aún. La mujer, que por no haber sido entendida sino por muy pocos, fue llamada “la Esfinge del siglo XIX”, ha rendido su espíritu; pero la gran alma (Maha Atma), que habitó aquella forma mortal usándola como instrumento para difundir en esta era de oscuridad mental los rayos de la luz espiritual, abandonó el cuerpo para volver a otra morada más congenial, descanso de sus trabajos.

Es dudoso, que haya existido algún gran genio y salvador de la humanidad, cuya personalidad, aun en su paso por la tierra, no haya sido mal comprendida por sus amigos, difamada por sus enemigos, mentalmente torturada y crucificada, y finalmente, objeto de idolatría por las siguientes generaciones. H. P. Blavatsky no parece ser una excepción a esta regla.

Ofuscado el mundo por la luz de sus doctrinas, que la mayoría no ha conseguido asir porque le eran completamente nuevas, la miraron con recelo; y los representantes de la ignorancia científica, saturados de pomposa vanidad, la llamaron “la mayor impostora del siglo”, porque sus mentes estrechas no pudieron elevarse a la comprensión de la grandeza de su espíritu. No es difícil profetizar que en un futuro próximo, cuando se hayan olvidado los nombres de sus enemigos, el mundo trabajará para conocer la verdadera misión de H. P. B., que verá en ella a un mensajero de luz, enviado para instruir a este mundo pecador, para redimirle de la ignorancia, locura y superstición; labor cumplida en cuanto que su voz fue oída y sus enseñanzas aceptadas.

El historiador futuro escudriñará los archivos con el propósito de encontrar algún trozo de historia de la vida de H. P. B., y a menos que las calumnias que sobre ella se escribieron no hayan desaparecido en el montón de basura de donde salieron, no es imposible que los escritoruelos del futuro manchen su memoria, al igual que los irresponsables escritoruelos modernos mancharon la memoria de Cagliostro, Teofrasto, Paracelso y otras grandes almas.

Por estas y otras razones que se evidencian, es muy de desear que se publique algo, digno de confianza, respecto a la vida de H. P. B., por alguna persona competente que haya estado bien relacionada con ella, que no sea un adorador de personalidades, sino capaz de estudiar y describir la vida del ser interno. La verdadera vida de todo ser humano espiritualmente despierto, no es su externa, sino su interna vida. Relatar, simplemente, los acontecimientos de la vida terrestre de un genio encarnado y no hacerlo de su vida interior, de sus pensamientos y sentimientos, es describir la casa que aquel genio habitó en su paso por la tierra y no hacer caso del habitante. Así que, aun el mejor escrito que acerca de la vida de H. P. B. ha sido publicado, se parece a la pintura de un pájaro del paraíso, después de haber sido el pájaro despojado de su plumaje y aderezado para la cocina. Es el tratado de un sujeto altamente poético, vaciado cuidadosamente de toda poesía. Las plumas son partes tan esenciales en un pájaro como sus músculos y huesos, y el lado poético e ideal de un hombre es algo más esencial en su naturaleza que la estructura de su cuerpo físico o el corte de su vestido. Es la vida interna de H. P. B., su modo de pensar y sentir, lo que es de importancia y debe ser comprendido; lo restante pertenece a las cosas externas que no merecen la atención del verdadero ocultista.

Cada hombre es doble en su naturaleza, posee una vida externa y otra interna. H. P. B., no fue una excepción a esta regla. H. P. B., ni fue completamente humana, ni completamente divina.

Un poeta ha dicho:

Dos naturalezas hay en todo ser humano:

Una es, hija de la clara luz del día,

Nada oscuro hay en ella, todo es claridad
Allí, todo es resplandeciente, nada oculto,
Lo más íntimo tu ojo puede penetrar,
No hay allí misterio ni secreto;
En ella gobiernan: la sabiduría, justicia, amor y fe;
Sin motas, como el cristal en su pureza.

La otra es un ser nacido de la noche,
Llena de negras nubes que cambian una y otra vez,
Confunde la razón e ignora la luz;
Es un extranjero en sus propios dominios;
Insensiblemente llena nuestra vida diaria
De burlescos duendes; su reino discorde
Engendra errores y contiendas;
Enredando los hilos y dañando al designio.

Así, cada persona tiene bajo su mando una vida terrestre y otra celestial. Para la gran mayoría, enredada en las mallas de este mundo de ilusiones, estas ilusiones parecen ser la realidad, y la vida celestial meramente un sueño; pero hay otros en quienes la vida interna despierta, conocen la vida celestial como la verdadera, y esta vida terrestre sólo una ilusión o una pesadilla. Este hecho de la doble existencia fue reconocido de todo sabio y santo y es conocido de quien esté en posesión de la divina sabiduría del Yo. Se hace mención de ello en muchos sitios en el *Bhagavad Gita* y en la Biblia. A esta doble vida de iniciado es a la que los apóstoles aluden cuando dicen: “Vivimos sobre la tierra, pero nuestra conciencia está en el cielo.”

Son aquellos en quienes la luz ha disipado las tinieblas; aquellos en quienes no existe ya el “cuerpo de pecado”. Hay Adeptos completamente desarrollados, y como uno de éstos se presenta San Pablo en su epístola a los *Romanos*, cap. VII, versículos 5 y 6 (1) donde dice: “Porque mientras estábamos en la carne, los efectos de los pecados que eran por la ley, obraban en nuestros miembros, fructificando para muerte: mas ahora estamos libres de la ley, habiendo muerto a *aquella* en la cual estábamos detenidos, para que sirvamos en novedad de espíritu, y no en vejez de letra.”

Tales sabios y santos son los *Buddhas* y *Arhats* y los “Maestros de Sabiduría” con los que H. P. B. pretendía haber hecho conocimiento, y a los que cada cual puede conocer si crece más allá de su estrecho y pequeño Yo y se eleva al plano en que Ellos viven. El que la sociedad moderna no conozca nada de la existencia de santas personas, y que la ciencia moderna no haya descubierto aún ningún santo, no destruye la teoría de que hay seres humanos en quienes el germen de Divinidad, existente en todos los hombres, ha evolucionado tanto que un reino más elevado de conocimiento espiritual, inalcanzable para quienes se ocupan de cosas terrenas, se ha revelado a ellos, y que las almas de estas personas, por haber alcanzado la auto-conciencia en la luz del Espíritu, están en posesión de extraordinarias facultades. De estos regenerados dice la Biblia que no pueden pecar porque *son nacidos de Dios* (I Juan III 9). Y en *Pedro I 22*, leemos que estas almas, habiendo sido purificadas en obediencia de la verdad, por el *Espíritu de amor sincero*, “renacen, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la *Palabra de Dios*” obrando en ellos.

H. P. B. nunca deseó ser mirada como un dios, santo o adepto, y en una carta dirigida al autor de estas notas, repudia expresamente tales pretensiones, diciendo: que aunque

(1) Las citas bíblicas que contiene este artículo no se hacen como para presentar mis ideas basadas en especulaciones sobre dichos de la Biblia: se ponen simplemente como corroborativa evidencia para aquellos que las conceden alguna importancia.

marcha por el Sendero, no ha alcanzado todavía la meta. En H. P. B. había aún una naturaleza humana; pudo aún regocijarse con el alegre y simpatizar con el triste; esta parte de la naturaleza de H. P. B. fue objeto de una continua crítica por el “psiquista investigador”, que no conociendo nada acerca de la divinidad en la humanidad, sólo vió su propia imagen animal reflejada en ella. Cada punto nebuloso fue así por tales críticos investigado y exagerado en sus imaginaciones mórbidas; pero del lado luminoso de H. P. B., no percibieron nada porque en ellos no había luz.

Todo lo que descubrieron, si desechamos lo que sus fantasías añadieron, fue que H. P. B. era amable y generosa hasta el exceso, que era impulsiva y enérgica, y a veces se dejaba llevar por los extremos en sus nobles impulsos. Encontraron que fumaba cigarrillos, que exteriorizaba sus pensamientos sin gran ceremonia y rehusaba en absoluto ser como esos hipócritas, socarrones y santos de cara adulzada, que van continuamente disfrazados, y que son para el mundo como los pilares de la Iglesia y del Estado, mientras que detrás de su beatería está oculta su afectación y podredumbre. Los chillones buhos de la sofistería científica que vinieron a preguntar al águila de los Himalayas, como no pudieron seguir su vuelo hasta las cimas de las montañas, fuera del alcance de su limitada visión, y no pudieron cortarle sus alas, creció en ellos la envidia y chillaron, arrojando calumnias sobre el pájaro real. En muchos casos, estos calumniadores se excedieron en su trabajo, y la extraordinaria virulencia de las calumnias evidencian suficientemente el carácter del espíritu que inspiró tales escritos y hacen completamente innecesaria la refutación.

Algunos de estos escritores la imputaron el haber cometido prácticas inmorales; y semejantes historias, tan pronto como fueron inventadas se imprimieron, y fueron siempre rápidamente tomadas y puestas en circulación por aquellos intrépidos periodistas, que ansiosos de aumentar la circulación de sus periódicos, están siempre alerta para dar a sus lectores algo sazonado y sensacional. Estas historias fueron frecuentemente absurdas y causaron no poca hilaridad entre aquellos que conocían los hechos. Así, yo recuerdo que mientras estuve en la India circuló una noticia entre algunos periódicos ingleses y americanos: decían que se había suscitado una pendencia entre los Teosofistas de Adyar, porque H. P. B. estaba celosa del Coronel Olcott por causa de la Sra. Coulomb, y que el Sr. Coulomb, enfurecido, había rehusado el suministrar más fondos para sostener los asuntos de la Sociedad Teosófica. Los que conocen las personas a que se hace referencia, y saben que los Coulombs no tenían un céntimo, y que se les sufría en Adyar por caridad, apreciarán el grito conque estas “noticias” fueron recibidas por los “Chelas”.

No tendrían fin los escritos ni la pérdida de tiempo, si todas las calumnias contra H. P. B. que fueron circuladas por los píos misioneros de Madras y de otros sitios, hubiesen de ser refutadas, especialmente, porque es más fácil sostener una calumnia que refutarla. Algunas de estas calumnias pueden, sin embargo, haber sido hechas con la mejor de las intenciones; por ejemplo: ciertas personas dudaron de la veracidad de

H. P. B. por la misma razón que un rey africano está pronto a mandar decapitar a un viajero europeo, porque este último dijo al rey que en algunos sitios de Europa y en ciertas estaciones, el agua de los ríos y lagos se vuelve tan dura, que se puede andar sobre ella; por tal razón el rey decidió que no debía tolerarse que viviese semejante embustero.

Prestaría poca atención a la verdad si pretendiese que ninguna de las acusaciones que nacieron contra H. P. B. se fundaban en hechos; pero las causas que originaron tales molestias sin fin fueron: su deseo de juzgar el modo cómo los negocios mundanos debieran ser hechos, que a la manera de un niño confiaba que el mundo miraría las

cosas del mismo modo en que aparecían para ella; una completa indiferencia a lo que el público pudiese decir o pensar de ella; el deseo de proteger a sus partidarios de las consecuencias de las estupideces que cometían, etc., etc.

Lo que H. P. B. deseaba, eso pensaba; lo que pensaba, decía; y lo que decía, hizo sin mirar las consecuencias. En ella, como en un niño inocente, pensamientos, palabras y actos, eran una sola cosa y en completa armonía.

Si intentásemos solucionar el misterio de la “Esfinge del siglo XIX” y presentar la historia del verdadero *Ego* de H. P. B., deberíamos ante todo conocer la individualidad, la “nueva criatura” (1) encarnada en la forma de H. P. B., y saber algo de sus vidas anteriores, para que nos fuese posible comprender las causas por las que apareció en esta tierra en forma de mujer. Entonces tendríamos que aceptar la teoría de que el alma del regenerado es capaz de vivir y obrar más allá de los límites del cuerpo físico, que es su morada e instrumento para su manifestación exterior, y que el alma espiritual de tal persona en una forma astral etérea puede estar en un país lejano, por ejemplo en el Tíbet, en tanto que el cuerpo físico vive aún y actúa consciente e inteligentemente en Europa y América. Pero el mundo no está aún en disposición de recibir una historia seria, que contenga hechos todavía *terra incógnita* para Europa y la ciencia y cuya inteligencia se encuentra sólo en el *Acta Sanctorum*, hoy día mirado aún por la iglesia como “leyenda y fábula” o (para expresarlo con menos delicadeza) como un conjunto de mentiras. Tal historia requeriría lectores conocedores de las doctrinas de *Reencarnación* y *Karma*; lectores que hubiesen conquistado su propia naturaleza, y por su propia experiencia les fuese posible realizar lo que ello significa ser en el mundo, pero no de él.

Pero aunque la Biblia dice: “el que no naciere otra vez, no puede ver el reino de Dios” (Juan III 3), sin embargo, los términos *renacimiento* y *regeneración* se han convertido en palabras sin sentido para el moderno fanático y en absurdos para el hombre de ciencia. El religioso visionario se adula a sí mismo, con la creencia de que ya se ha regenerado y alcanzado la inmortalidad. No sabe que la regeneración en el espíritu es acompañada del despertamiento de los sentidos espirituales, y que esta “regeneración” no puede tener lugar mientras se es ciego a la luz de la verdad y sordo a la “voz del silencio”. “Regeneración”, hoy es una palabra sin sentido para el mundano; y para el clérigo, a lo sumo, significa un cambio de creencia y un progreso moral. El moderno “Cristiano” no comprende pasajes de su Biblia como los siguientes: “Hijitos míos, que vuelvo otra vez a estar de parto de vosotros, *hasta que Cristo sea formado en vosotros.*” (Gálatas IV 19). “ En Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino *la nueva criatura.*” (Gálatas VI 15), etc., etc. Ellos no creen que su maestro dice de sus verdaderos discípulos, que los regenerados, aquellos en quienes “el Hijo de Dios ha llegado a la medida de la edad de la plenitud de Cristo” (Efesios IV 13), harán las mismas cosas maravillosas realizadas por él mismo. No quieren creer que a nadie es posible entrar en posesión de la conciencia inmortal, a menos que la “nueva criatura” haya nacido en él; y se envanecen presumiendo que su espíritu es ya inmortal. Pero la inmortalidad Espiritual del Espíritu de Dios no volverá inmortales a sus almas, si estas almas rehusan ser fertilizadas por el Espíritu de Dios y dar a luz a la divina criatura.

Que los “Cristianos” reflexionen sobre el significado de las palabras de la Biblia, donde dice: “El que no naciere de agua y Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido de espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: os es necesario nacer otra vez.” (Juan III 5). Poco servirá al devoto creer que su espíritu es inmortal en tanto que no exista espíritu que pueda propiamente

(1) Galatas, VII 15.

llamarle suyo; porque su alma no contiene al divino amor o espíritu, y por lo tanto, no puede engendrar “la nueva criatura” que pueda pretender la inmortalidad en el Cristo.

Esta unión del alma mortal con el Espíritu inmortal es el objeto y fin de todo Ocultismo y Teosofía. Esta regeneración fue lo que H. P. B. enseñó; porque “*regeneración espiritual*” e “*iniciación*” son términos sinónimos.

Una doctrina que no adula la vanidad humana, haciendo creer a los hombres que son ya inmortales gracias a los méritos de una persona que vivió en el pasado, sino que pretende que la inmortalidad es un don ganado exclusivamente por heroicos esfuerzos, combatiendo con los elementos más bajos de nuestra naturaleza, y que hace posible la acción de la divina gracia dentro de nosotros, no es bien recibida por los que prefieren correr tras el dinero y los placeres, y piensan que después de su muerte entrarán en el cielo sobre las espaldas de otro hombre; y por lo tanto, la historia de una alma regenerada pudo ser creída y entendida por unos pocos. Mucho más fácil sería cubrir tal historia con la forma ficciosa de novela, sin pretensiones de ser creída, y que cada cual acepte lo que sea capaz de comprender y abandone el resto (1).

Para comprender el verdadero misterio que rodea a H. P. B., primero será necesario comprender el misterio llamado “Hombre”: porque el Iniciado comparado con el vulgar, es como un pájaro comparado con un huevo. El pájaro conoce los huevos y sus historias, pero los huevos nada saben de la existencia de los pájaros. Para resolver el gran misterio llamado hombre, la humanidad tendrá que deslizarse fuera del “huevo filosófico”, y convirtiéndose en libre, alcanzar el noble auto-conocimiento de la Divinidad en la Humanidad; pero en los tiempos presentes, parecen ser pocos los que, aun entre los llamados teosofistas, tiene el más débil concepto de lo que significa “divino autoconocimiento”.

Debido al universal error existente con respecto a la naturaleza del hombre, y la ignorancia de lo que es divino en esta naturaleza, H. P. B. ha sido universalmente mal comprendida y desnaturalizada. Después de una larga y paciente observación, refuerza una convicción, que yo mismo insistentemente he rehusado el aceptar, esto es, que en este respecto mucho más daño ha sido hecho por los celosos amigos y admiradores de H. P. B. que por sus enemigos. H. P. B. jamás pidió ser deificada y negó la posesión de poderes milagrosos; pero hubo muchos de sus partidarios que rindieron a su persona una adoración fetichista, haciendo las más rudas y extravagantes relaciones en su favor, que investigadas se encontraron sin valor, y sí sólo trajo el descrédito sobre ella y la Sociedad, en tanto que, con muy pocas excepciones, estos amigos entusiastas fueron los primeros en abandonarla convirtiéndose en sus enemigos, cuando las ilusiones que ellos mismos creaban se desvanecían.

Conforme a las historias inventadas, creídas y circuladas por estos admiradores, H. P. B. estaba continuamente acompañada de espíritus, invisibles “Maestros del Tibet”, esperando servirla, y *verbatim* le dictaban sus escritos o “precipitaban” manuscritos mientras ella echaba la siesta. (2)

Gnomos, silfos, ondinas y salamandras estuvieron siempre bajo su mando, llevando sus cartas e inspeccionando la cocina. No ocurría nada en cualquier parte del mundo que;

(1) En “Talking Image of Urur”, tales hechos han sido retratados. Allí el “Maestro de la Imagen” representa el verdadero *Ego*, el alma regenerada; mientras que la misma Imagen no es sino el cuerpo elemental, la personalidad, por la que el verdadero *Ego*, obra.

(2) Después de haber sido escrito esto, vino a mis manos el número de *Lucifer* del 15 de mayo, en donde encontré esto mismo corroborado por ella misma, en la página 243.

según tales historias, no conociese H. P. B.: pero fue perfectamente evidente a los independientes, que H. P. B. no lo sabía todo y que igualmente, en sus más grandes turbaciones, el bello correo no funcionaba; que para recibir noticias se valía, como los demás mortales, de los terrestres correos y telégrafos. Ello es, que en la base de tales aserciones, había una cierta cantidad de verdad, pero los hechos fueron exagerados más allá de todo límite por sus entusiastas amigos.

H. P. B., según confesión propia, no era instruida. No era ni aun inteligente (*clever*). Por el contrario, las grandes cosas que hizo, lo fueron con la ayuda de alguno de sus asociados, del modo más torpe, y frecuentemente perjudicó al buen resultado. Al ser llamada “el más grande impostor del siglo” por el agente de la “Soc. de Invest. Psíqu.,” y presentarla con ese título, certifica simplemente su propia incapacidad para juzgar sus carácter, porque H. P. B., como todos los que la conocieron pueden atestiguar, no fue capaz nunca de disfrazarse, y cualquiera impostura, grande o pequeña, que hubiese intentado, habría sido inmediatamente descubierto, aun por un niño.

H. P. B. no fue ni inteligente ni ingeniosa, pero estuvo en posesión de aquello que la mayoría de sus críticos tristemente ignoran, esto es, *sabiduría del alma*, un apartado de la “ciencia” aún no descubierto por los modernos científicos y pseudo-filósofos. El alma que vivió en ella fue una gran alma, un *Mahatma* (de *Maha*, grande, y *Atma*, alma).

Esta gran alma y no la vestidura que H. P. B. usó, será el objeto de nuestra investigación, no con el fin de regalar la curiosidad científica, sino para beneficiar con el ejemplo.

Oigo mil voces que me preguntan: ¿Qué es la sabiduría del alma y cómo puede ser obtenida? ¿Hay algún otro conocimiento que el del cerebro que razona? ¿Puede uno conocer otras cosas que las que se nos enseñó en la escuela, hemos leído en libros o recordamos haber oído? A esto contestaremos: Infeliz del pueblo que no sabe por el corazón lo que es bueno y hermoso. Desgraciados de aquellos que no poseen percepción interior para la justicia y la verdad; que no pueden *sentir* verdadero amor, esperanza, fê, y que tienen que estudiar la enciclopedia para encontrar el significado de los términos, benevolencia, caridad, generosidad, espiritualidad, virtud, etc., etc. todo esto no es creación de la imaginación ni producto del cuerpo físico, sino poderes espirituales vivientes, dotando con sus cualidades el alma que los posee. Si se permite a estos poderes crecer y desarrollarse, su verdadera naturaleza se presentará clara a la mente; pero el que no los posea no podrá, por la especulación intelectual, llegar a realizar lo que son.

El estudio de estos poderes y el arte de desarrollarlos por la práctica, constituyó la ciencia del alma, que la Sra. Blavatsky enseñó. El resto de sus doctrinas, en cuanto respecta a la constitución del hombre, evolución de los mundos, etc., etcétera, fueron accesorios para facilitar el auto-conocimiento, destruir el fanatismo y la superstición, para libertar la mente de prejuicios, darla un más ancho campo de ennoblecedor pensamiento y posibilitarla una más grande y elevada concepción de Dios, de la Naturaleza y del Hombre. ¿Qué tiene que ver tal estudio con las historias de espíritus, investigaciones psíquicas, cafeteras, trampas y otras frioleras que frecuentan la mente de quien busca en las cosas externas la prueba de la existencia de lo que ellos mismos deben poseer, antes de que puedan merecer verdaderamente ser llamados hombres hechos a imagen de Dios? En verdad, aquellos que se convirtieron en enemigos porque no pudieron satisfacer su curiosidad, deben ser vituperados por su porfiada repulsa de la verdad divina.

La primera cosa necesaria para adquirir la sabiduría del alma es la *posesión de un alma*, que significa el poder del sentir. Entre los adversarios de H. P. B., es raro el

elemento del alma. Parecen existir sólo en el plano de la mente, esa parte del hombre que especula y razona solamente, pero que no tiene conocimiento real; los antiguos escritores la comparaban con la fría luz de la luna, porque en ella nada hay del solano caliente amor. El elemento del alma es la voluntad, y la voluntad divina es amor universal como para crear un paraíso, no en la imaginación, sino en el corazón de los que están en posesión de él. Cuando la estrella matutina del divino amor nace en el alma, la paz entra con él. Así, pues, no se dice que los Angeles canten en el nacimiento de Cristo dentro del corazón humano: “Gloria a los que están bien versados en ciencia y sofistería”; sino que se dice que cantan: “Gloria a aquel Dios, que es Amor universal, y paz a los hombres de buena (esto es, divina) voluntad.”

De gran cantidad de enseñanzas puede ser relleno el cerebro durante una vida, pero cuando llega la muerte, toda esta moralla sin valor en el reino de la eternidad será abandonado; pero el desarrollo de la divina flor de loto del alma en el claror del divino amor, puede necesitar muchas sucesivas encarnaciones. Con el primer rayo de este amor, asimilado por el alma y haciéndole consciente de su propia y elevada naturaleza y destino, el “Chelado” desciende sobre el peregrino en el camino que conduce a la iniciación e inmortalidad. Cuando el fuego de amor es encendido en el corazón, la luz se eleva e ilumina la mente produciendo ciertos cambios aun en la forma física. (Efesios IV 16). Sin este amor divino, toda enseñanza es inútil, vanos todos los esfuerzos: porque Dios es Él mismo Amor (I Juan IV 8), y no puede haber unión con Dios si es desechado el Amor (I Corintios XIII 2). Quien encuentra Amor, encuentra Vida espiritual (Proverbios VIII 35); pero quien repudia el Amor, repudia la luz y busca la oscuridad y la muerte. El hombre ha sido llamado un “ser mixto” porque no es completamente material, sino también espiritual en su naturaleza. En él (como dice Jacobo Böhme) está el campo de batalla de tres reinos: el de la luz, el de la oscuridad y el de la naturaleza. “Continuamente la luz del día brilla en la oscuridad y la oscuridad no la comprende”, pero cuando la oscuridad es disipada por la luz y el Espíritu en el hombre despierta su divina auto-consciencia, entonces aparece en el hombre una nueva colección de facultades interiores, una nueva clase de poderes y percepciones espirituales y la memoria que pertenece al *Ego* reencarnado asirá la mente terrestre y externa. Estas enseñanzas, que son incomprensibles para la mayoría porque pertenecen a una clase que está por encima de su experiencia, son de la más grande importancia como estímulo de los pocos que desean según el sendero hallado por aquella gran alma que estuvo encarnada en el cuerpo de H. P. B., y nosotros deberíamos, por lo tanto, en vez de perder tiempo en investigar trivialidades como las que pertenecieron a su personalidad (por ejemplo, la omisión de citas), intentar el estudio de su vida interna y seguir a su alma en su vuelo hacia el trono de la Divina Sabiduría.

* * *